

Nada ni nadie parece inspirar a García, o a sus creaturas, el menor sentimiento de piedad o de altruismo; si se refiere a un pintor, lo llamará muy repetidamente: "escuálido ensucia lienzo", "ensucia telas", etc. Un estudiante de Derecho será retratado con el reiteradísimo apodo de "cara de gallo flaco", sin que se le escatimen otros como "sudatinta", "tinterillo", etc. Los epítetos degradadores se repiten hasta la saciedad. Además, el claro propósito de García es destacar sólo cuanto hay de mezquino o rídico en ellos.

De lo dicho se desprende que los cuentos de García acentúan morbosamente algunas notas características de la literatura juvenil contemporánea: depreciación humana, individualismo agresivo e iconoclasta, concepciones pesimistas, etc. Sin embargo, lo que resulta más singular y grave es su tan marcada tendencia irracionalista en la elaboración de caracteres y episodios, importantes y secundarios. Mucho de freudismo hipertrofiado hay en esto, mucho también de intencionada y especulativa exageración "rebeldista".

Sobre esto último conviene poner en claro que tal rebeldía sin concesiones, el duro enfrentamiento de la realidad desnuda, el rechazo vociferado de todas las banderas y partidos, de todos los valores, está resultando, en la práctica, una postura que se deshace sin pena ni gloria frente a las conveniencias inmediatas. El propio García publicó, no hace mucho, un artículo de loas al Presidente de la República. Esto no tendría nada de particular. Pero, en dicho artículo, señalaba que el "liberalismo constructivo" del actual régimen satisfará con creces las hondas inquietudes de los sectores juveniles del país. Tal afirmación significa jugar con los conceptos y, sobre todo, hacer descender a ras del suelo el planteamiento de una problemática que ha brotado en gran parte de la sociedad contemporánea.

YERKO MORETIC



Anotaciones sobre el libro de EVELINE

MAHYÈRE, *Je jure de M'Eblouir*

Eveline Mahyère es uno de los casos más dignos de estudio de la literatura francesa contemporánea. Su única novela aparece en París, editada por Buchet-Chastel, en 1958, con un prólogo de André Bay. Se titula: *Je jure de M'Eblouir*. La autora se suicidó el 26 de julio de 1957, a la edad de 28 años. Como eco de su efímera existencia, queda este grito desolado, hijo auténtico de su angustia.

La obra fuerte, intensa, es un fiel testimonio de los problemas que padecen algunos jóvenes de nuestro tiempo, debatiéndose en la nada de infructuosas cavilaciones, en la búsqueda desesperada de valores que den contenido a su destino, sin obtener respuestas del exterior, lo que los induce a desvalorizar la existencia, perdiendo el sentido de la vida con trayectoria, con más allá, para vivir instantes fugaces y plenos, ahogados en el desenfreno y el descaro. Es en cierto modo una actitud de rebeldía frente a la existencia en sí, que proviene de la ausencia de fe en valores sociales, religiosos, etc. La sociedad no les muestra caminos sólidos ni les entrega firmes creencias como sucede en las etapas de plenitud, cuando el grupo social está cohesionado por fuertes lazos que junto con vitalizar el núcleo humano, impregna de contenido a los elementos constitutivos de él, formando individuos con alegría de vivir, conscientes de su misión.

En esta novela, cada uno guarda la pequeña dosis de fe que conserva, quemándola en la búsqueda interior y personal, que cuando logra el objetivo, como en el caso de los personajes centrales de la obra de Eveline Mahyère, se entregan a lo que descubren como su ideal, en una actitud avasalladora, donde el yo destruye íntegro al ser humano.

Los protagonistas de esta novela desfilan llevados por el hilo de su propia búsqueda. Son seres que definen aisladamente su destino, buscando angustiosamente la razón de vivir. Silvia es una joven inteligente y de personalidad. Sus padres, convencidos del valor del estudio, procuran darle una educación adecuada en un establecimiento religioso. Ahí también puede adquirir conceptos morales. La joven tiene una poderosa afectividad y en el choque de problemas intelectuales y emotivos se ata como única salvación de su drama interno, a su maestra Juliana, novicia del convento de Santa Teresita, dotada de un alma profundamente mística y en quien se dan también las interrogantes caóticas del ser humano. La joven alumna lucha desesperadamente por su afecto. La maestra titubea, pero no se aparta de su senda, y trata de introducir por esta veta algunos conceptos en el espíritu de su alumna: Dios, el orden social, el estudio. La superiora del convento, en antecedentes del problema, con hondo sentido humano, coopera a mantener la entereza de la profesora y la posible salvación de la indisciplinada alumna. Pero a Silvia todo le es ajeno, salvo su hondo sentimiento. El resto le parece convencional. Ella busca el absoluto, a Dios, la vida, a través de la pasión. Juliana, en cambio, triunfa por la fe de la tentación de caer en las complicadas redes que pretenden envolverla. Silvia sin el estí-

mulo de la maestra deambula entre el alcohol y los estupefacientes. "Hay que beber, dice, para encontrar durante algunas horas, la eternidad. También se encuentra en las iglesias. Pero ¿cómo encontrarla si no se tiene la gracia?". Su espíritu consumido por el desencanto, convencida de "que no hay como las grandes desesperaciones para salvarse de la desesperación", se esfuma imperceptiblemente en las dosis de Corydrán que ingiere, desapareciendo un día, mientras implora: "Un Signo, la necesidad de un Signo. Dios mío si existes, llega hasta mí por la ventana, a través de un rayo de luna y haz sobre mi cama el signo de la cruz".

En este clima emocional se desarrolla la novela que plantea problemas fundamentales. Lucha entre la entrega sumisa y la rebeldía que conscientemente elige el vicio, en el afán de agotar hasta el fondo la individualidad. Son almas en conflicto por una desesperada búsqueda de absoluto. Juliana rechaza lo humano para sumirse en Dios plenamente. Silvia desespera por el amor más allá de todo convencionalismo. La vida no puede entregarse sino íntegramente. Nada de concesiones ni debilidades. La fuerza está en asumir la tragedia conscientemente, padecerla y aun dejarse aniquilar por ella. Esta búsqueda de lo trascendente tiene en la novela como marco, nuestra época y la vida contemporánea, donde se desarrolla plenamente el proceso de la angustia. De la lectura se desprende el ferviente deseo de la escritora: "Hay que vivir íntegramente el propio destino, por cruel que sea, con sinceridad y valor. Nada de máscaras y convencionalismos, sólo importa la integridad del alma que afronta su sino".

Eveline Mahyère afrontó el suyo como se lo planteó en su atormentado espíritu. Dejó su libro como testimonio de una época y un ambiente amargo. Antes de morir dirigió algunas líneas a sus padres y al hermano: "Porque me queréis y porque yo os quiero, perdonadme, les implora. Y sobre todo olviden mis reproches ofensivos y falsos. Os suplico, probadme que me queriais lo suficiente como que pueda deciros que jamás supe vivir y que todo fue mejor así. Amadme lo necesario siendo felices nuevamente. Entonces, tal vez, allá, yo también podría serlo".

Postrer deseo de esta escritora que fue sincera para vivir, para escribir y para morir. Por eso en su obra se percibe la vida y la muerte, el bien y el mal, el orden y el caos. Es que Eveline Mahyère vivió en esa zona de límites que configuran la vida humana y desde donde los verdaderos artistas plantean las grandes interrogantes del espíritu.